



Mas allá de las armas

La violencia en las zonas populares

Pedro Trigo, s.j.

REUTERS / IVAN ALVARADO

La violencia en Venezuela abarca múltiples esferas de la vida humana que le impiden al ser el desarrollo pleno de sus capacidades. La dinámica nacional se agita: injusticias, falta de trabajo productivo, vasto deterioro de servicios básicos, escasez de medicinas, una educación paupérrima, paralización progresiva del transporte público y, sin contar los menesteres de la vida política. ..., vemos cómo hoy, a pesar de la crisis humanitaria compleja, es posible vencer el mal a fuerza de bien

En las zonas populares la violencia física es muy elevada y además casi siempre impune, tanto la intrafamiliar, como la de los malandros, las bandas armadas, la policía, que es casi siempre tan arbitraria y sanguinaria como las demás, pero la más impune de todas.

La mayor violencia es la falta de trabajo productivo y congruamente remunerado. Es la mayor porque es un derecho sagrado por ser medio imprescindible de vida, pero además modo de vida, ya que a través de su desempeño la persona se capacita, se habita, comparte, se socializa y aporta algo útil a la sociedad. Sin trabajo la persona siente que está de sobra, que no es querida y que vive como parásito. El país tiene como para dar trabajo, tanto que ha sido lugar de recepción de muchísimos emigrantes.

La culpa la tiene, en primer lugar, la empresa privada de las tres últimas décadas del siglo pasado, por su actitud rentista que culminó en el paro empresarial del año 2002. Desde entonces el culpable es el Gobierno, que no tiene ningún empacho en negociar con corporaciones globalizadas en contra del interés del país (sobre todo en el arco minero), y de su prédica antiimperialista, prefiriendo que el país se paralice antes que dar su lugar a la empresa que quiera invertir con responsabilidad social. Y lo hace por resentimiento, porque habiéndose robado más de quinientas empresas, o las ha quebrado o funcionan a pérdida. Esta es, pues, la mayor violencia.

Otra violencia, consecuencia de la anterior, es la falta de alimentos, el hambre, la desnutrición, que en el caso de niños tiene efectos irreversibles. Más de un 80 % no come lo que requiere. Muchos comen demasiados carbohidratos y pocas proteínas y vitaminas. Más del 50 % tiene insuficiencia severa. Por eso muchos adelgazan y tienen muchas menos energías y son propensos a contraer enfermedades.

La otra violencia, insufrible por el desgaste diario que ocasiona, es la absoluta insuficiencia de servicios básicos. El que más resiente el pueblo es el agua. Le llega muy poca agua y para el pueblo venezolano, además de para la comida y el lavado de la ropa, el agua es imprescindible para el aseo diario, que él estima muchísimo, ya que forma parte esencial de su autoestima poder salir de casa aseado y decentemente vestido. Acarrear agua es un trabajo pesadísimo y comprarla casi no está a su alcance. A veces no come para tener agua.

También es necesarísima la luz y falta demasiado, tan alocadamente que echa a perder aparatos que los pobres casi no tienen cómo reparar.

El otro servicio que falta casi absolutamente, y es de igual modo imprescindible, es la asistencia médica: casi no hay médicos y los hospitales no tienen implementos ni medicinas. Enfermarse de algo grave es peligro inminente de muerte y eso en caso de enfermedades absolutamente curables. En el caso de enfermos que requieran medicinas de por vida, están casi condenados a muerte. El problema es culpa del Gobierno que ha gastado el dinero en lo que nadie sabe, que habiendo tenido más ingresos que en toda la democracia no atiende a la salud pública y paga a los médicos una miseria. Algo vergonzoso.

El otro servicio que casi ha desaparecido es el de la educación. Se está perdiendo una generación entera. La educación popular venezolana en los años sesenta y setenta estaba a la altura del tiempo y ahora casi no existe. Casi no hay maestros ni profesores, casi no hay clases. Los muchachos pasan de curso en curso sin saber nada; es criminal, porque los muchachos están desanimados y a merced de la calle. Como en el caso de la salud, la culpa la tiene el Gobierno por las mismas razones.

Otra violencia que afecta a todas las anteriores es la falta de transporte. No solo el tiempo desmedido que se gasta en él, sino el llegar a clase o al trabajo tarde, o no poder llegar y, para muchos, *de ñapa*, gastar en él casi todo el sueldo. Es terrible que el 80 % de las unidades de transporte esté paralizado por falta de repuestos o de dinero para comprarlos.

Un país de colas. En ella se invierte un tiempo precioso y además con la impresión de que no debería suceder de ningún modo, de que sucede por una pésima organización.

Un país casi paralizado. Es una terrible violencia no disponer de los servicios más básicos y necesarios. Y eso, repito, cuando el Gobierno ha dispuesto de las mayores entradas en divisas de la historia, que no se sabe dónde han ido a parar. En el caso de la salud es un atentado contra la vida. En el de la educación se está matando el futuro de los jóvenes que se están levantando vacíos y no por su culpa; por eso, tantos emigrantes... Y en el del transporte la casi imposibilidad de visitar a los seres queridos y de hacer reuniones a nivel que no sea estrictamente vecinal, ya que no es fácil movilizarse ni siquiera dentro de las propias ciudades.

La otra violencia terrible es que el Gobierno obliga al pueblo a cuadrarse con él. Le da, a cambio de dependencia y sumisión, lo que tendría que darle de otro modo, es decir, creando condiciones para que ellos lo adquieran. Es violencia darle cosas y degradarlo a la condición de una mano tendida. También es violencia negárselo al que no se cuadre con él, al que quiera conservar la independencia o al que sea opositor, porque debería ser una labor del Estado, no del Gobierno.

Más violencia es todavía perseguir a los que se reúnen independientemente del Gobierno. Es violencia no tolerar organizaciones de base. Es violencia intolerable secuestrar o incluso encarcelar y torturar y aun matar a quienes organizan asambleas ciudadanas en esos territorios que el Gobierno defiende como “zonas de su propiedad”, eso es lo que alegan –dicen ellos que en su nombre (recuérdese que es un gobierno cívico-militar)– los colectivos armados.

Es violencia inhumana degradar a ciudadanos a la condición de acusadores de sus propios vecinos (esa es la labor de los eufemísticamente llamados “patriotas cooperantes”) y, mayor vio-



EL ESTIMULO / FELIPE ROTJES

lencia aún, echarles encima colectivos armados que los amedrenten e incluso los maten.

Es terrible violencia que para vivir en un barrio el primer requisito sea estar con el Gobierno porque, si no estás, no recibes comida, ni bonos, y lo más que puedes esperar es ser tolerado si no haces nada e incluso si no dices nada.

Además de estas violencias está la violencia de los “bachaqueros” que compran barato haciendo colas interminables o consiguiendo las cosas por “palancas”, y venden a precios hasta veinte veces más de lo que les costó.

También está la violencia horizontal de los vecinos, que ponen música a todo volumen y no dejan dormir durante toda la noche, una violencia anterior al chavismo y que sigue a todo volumen. Además, está la violencia física con la que comenzamos este recuento.

Como se ve, la guerra económica, que no tiene ni dos años, es muy posterior a todo lo aquí descrito.

ESTA VIOLENCIA CONFIGURA UNA CRISIS HUMANITARIA COMPLEJA

Todo lo que hemos descrito son actos de violencia múltiples, sistemáticos y generalizados. Lo de múltiples y generalizados salta a la vista. Tenemos que mostrar por qué son sistemáticos.

La causa común a todos ellos es que el Gobierno se ha tragado al Estado. La manera más sencilla de mostrarlo es constatar, cosa que salta a la vista y ya nos hemos referido a ello, que casi no funciona ninguna de las dependencias del Estado. Una razón sistemática porque constituye una política de Estado, es la comprobación de que los nombramientos no tienen que ver con la idoneidad para desempeñar el cargo, sino con la pertenencia al Gobierno o la fidelidad a él. El universo de los que el Gobierno se fía es cada vez más reducido, de ahí se desprende la altísima rotación en el cargo de manera que pocas veces tienen tiempo de enterarse, someramente, de las obligaciones inherentes a este. Unos pocos se rotan y han ocupado tres, cuatro y hasta cinco puestos. Esto llega hasta el nivel ministerial y se extiende desde los directores de los departamentos, hasta los directores de una escuela o de un hospital.

Lo anterior constituye una violencia sistemática y premeditada, ya que es la consecuencia necesaria de buscar únicamente permanecer en el Gobierno en detrimento de la prestación de todos los servicios que corresponden al Estado. Estos solo se reivindicán verbalmente, como parte de la propaganda, teniendo en cuenta que el primer método de un régimen totalitario es que se habla taxativamente definiendo la realidad, sin referencia real a esta.

Este Gobierno, a diferencia de los primeros años de Chávez, no es totalitario. Dado que no

pretende llevar a la ciudadanía a otro modo de vivir, sino únicamente mantenerse en el poder a toda costa. De ahí la violencia sistemática sobre la población. Una violencia que llega a constituir un crimen de lesa humanidad.

LA MAYORÍA SUFRE ESTA VIOLENCIA Y VENDE AL MAL A FUERZA DE BIEN

Ahora bien, es imprescindible añadir, porque no se suele tener conciencia de esta realidad, que la inmensa mayoría de los pobladores de barrio no han hecho nunca ninguna violencia y no la harían por nada del mundo. La sufren, son los que más violencia sufren y los que están más indefensos, pero no devuelven mal por mal. La mayoría, incluso, vencen al mal a fuerza de bien.

Así como la reseña de los distintos tipos de violencia nos causa mucho dolor, porque quienes la llevan a cabo son nuestros conciudadanos, más aún, nuestros hermanos; el que tantos sufran estas violencias con libertad liberada y de ellos solo salga bien, es el gran tesoro actual de nuestro país que hace verdad el dicho de que “no hay mal que por bien no venga”, porque estas personas pueden decir con toda verdad lo que Pablo decía de sí: “cuando soy débil soy fuerte, porque la gracia de Dios reluce en la debilidad” (cf 2Cor 12,9-10). Por eso tenemos que concluir que, así como ninguna persona mayor habría podido imaginar que íbamos a caer tan bajo, ninguna tampoco habría podido sospechar que iba a encontrarse a tantas personas con tanta densidad humana, tan humanamente consistentes, con una libertad tan liberada para entregarse a hacer el bien.

Hay violencia, tan diseminada y sistemática que llega a constituir un crimen de lesa humanidad. Pero también hay una paz que el mundo, que el orden establecido, no puede dar, pero tampoco quitar: la paz que irradiaba Jesús, quien pasó haciendo el bien desarmadamente y que murió perdonando a sus enemigos y llevándonos a todos en su corazón.

Hoy se nos invita, el Dios de Jesús nos invita, a unirnos a estos pobres con Espíritu que viven cuando no tienen para vivir, que siguen caminando cuando ya no pueden más y que hasta llegan a dar de su pobreza. Se nos invita a ser de ellos, pues hoy gran parte de la clase media está proletarizada y también, que lo digan muchos médicos y educadores, dan de su pobreza.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.